

José María Lemus, Presidente de El Salvador

Francisco Javier ALONSO VÁZQUEZ

1. INTRODUCCIÓN

El escudriñar, intelectualmente, la ejecutoria del Presidente de El Salvador, José María Lemus, constituye una labor de enorme interés. En este mandatario concurren una porción de claves de investigación interdisciplinarias muy sugestivas para cualquier estudioso de la Historia de Hispanoamérica. Una compendiada semblanza de este estadista no puede posponer una serie de vertientes esenciales de su vida. Entre ellas, hanse de considerar su trayectoria presidencial, su paso por la Milicia salvadoreña y, por último, su faceta de preclaro intelectual de raíz cristiana. Si alguna apreciación podemos aportar, en las líneas proemiales de este sinóptico estudio, es la rigurosa congruencia de su pensamiento antropológico con el regimiento de los destinos nacionales de este país centroamericano. A estas estimaciones hemos de religar que su nacimiento se haya producido en una nación *sui generis* como El Salvador.

El Salvador se constituye en el país más pequeño de Centroamérica, empero, el más poblado. Junto a Belice es la única nación de esta porción geográfica que, exclusivamente, tiene salida marítima a un océano. Sus costas están bañadas por el océano Pacífico. Una abrumadora densidad poblacional y una notoria escasez de recursos naturales explicitan la pobreza intrínseca de este Estado hispanoamericano y las carencias estructurales de sus habitantes. A estas negativas inferencias hemos de anexas el que sea un Estado que sufre el monocultivismo. Una altísima proporción de su riqueza tiene su base en el cultivo y exportación de café. Otra consideración axial es la disímil repartición de las tierras cultivables y la detentación por parte de un minoritario grupo endogámico de hacendados de las áreas más feraces de la nación. Estas condiciones morfológicas y la singular modalidad que adoptó el proceso de Independencia, han generado numerosos conflictos sociales y abundantes hostilidades territoriales con Estados limítrofes, esencialmente, con Honduras.

La biografía de José María Lemus principia en la localidad de La Unión en 1911. El ser hijo de un oscuro funcionario que administraba una escuela rural determinó la humildad de sus orígenes y condicionó su visión de la realidad social de su país. Estas precarias condiciones coadyuvaron a que, prontamente, tuviera que aportar su trabajo para elevar el desmedrado peculio familiar. En su adolescencia vendió dulces y repartió periódicos en la ciudad de Santa Ana. Toda suerte de infortunios jalaron una infancia y adolescencia marcada por el signo de la pobreza y el desvalimiento. Al objeto de afrontar estas dificultades con mayor dignidad, se inscribió en la Guardia Nacional. La muerte de su padre en 1929 agravó las carencias monetarias de su parentela y le forzó a atender las necesidades de toda su familia¹.

A pesar de todas estas contrariedades, su adaptación al Ejército fue notable e inició una serie de ascensos por méritos castrenses. Posteriormente, ingresó en la Escuela Militar y se graduó con el número uno de su promoción. Esta consideración le permitió ostentar los cargos preeminentes de la Milicia salvadoreña y fue nombrado Agregado Militar de El Salvador en Estados Unidos. También fue miembro de la Junta Interamericana de Defensa². La valía profesional e intelectual de este militar le capacitó para ejercer numerosas funciones diplomáticas, entre otras, fue nombrado Embajador Extraordinario, en Misión Especial, ante los Gobiernos de Honduras, Perú y Colombia³. La llegada a la Presidencia de este país centroamericano del mandatario Óscar Osorio favoreció, ostensiblemente, su carrera militar y política. En 1949, José María Lemus fue nombrado Ministro del Interior y como colofón a esta prestigiada carrera administrativa fue nombrado Presidente de la República de El Salvador en 1956⁴.

LOS SALESIANOS Y LA ONTOLOGÍA CRISTIANA DE EL SALVADOR

La lectura reflexiva y metódica de los libros escritos por José María Lemus nos orienta a discernir una preclara concepción que ahonda en el sentido más

¹ LEMUS, José María: *Pensamiento político-revolucionario del Teniente Coronel José María Lemus*, San Salvador, El Salvador, C.A., 1956, pág. 4.

² *Ibidem*, pág. 7. Entre otros cargos desempeñados en la Milicia, este Oficial fue Comandante de Sección de la Compañía de Caballeros Cadetes; Jefe de la Sección de Instrucción del Estado Mayor del Ejército; Director de la Página de Divulgación Militar; Profesor de Cursos de Oficiales en la Escuela Militar; Jurado Examinador; Presidente del Círculo Militar; Fundador y primer Presidente de la Cooperativa del Ejército.

³ *Ibidem*, pág. 7.

⁴ *Ibidem*, pág. 7.

elevado de la antropología y en su ramificación con la espiritualidad. En sus in-folios se percibe un aticista registro que sondea las regiones más nobles de la personalidad humana. Paralelamente, el análisis minucioso de su obra de Gobierno nos encamina a aseverar que existe una límpida tendencia a favorecer aquellas instituciones de raigambre ética. El cultivo de la educación, la conmiseración y elevación del nivel de vida de los salvadoreños más depauperados y el apoyo a la Iglesia Católica constituyen esclarecidas premisas constatadas en su ejecutoria presidencial. Sus orígenes humildes y sus profundas raíces cristianas favorecieron una interpretación más humana de su acción gubernamental.

No podemos omitir que el ideario de José María Lemus está inserto en una cabal ontología de sesgo cristiano cuyo cometido es silogizar una teoría del Estado cimentada en una conciencia moral. Este polígrafo manifestó, en numerosas oportunidades, su compromiso cristiano. En una epístola remitida a Monseñor Luis Chávez y González, Arzobispo de San Salvador, expresó la idea de que su partido y él mismo se inspiraban en una conducta de indubitable abolengo cristiano⁵.

En rigor, la interpretación moral de José María Lemus descansaba en una egregia percepción salesiana. Numerosas son las referencias de sus libros enalteciendo la mística teologal de esta orden religiosa conjugada con su meritorio apoyo social a los desheredados de la nación. Estos dos axiomas fueron acreditados en su obra de Gobierno: probidad y defensa de los más menesterosos de la sociedad.

José María Lemus es un eximio escrutador de la teología salesiana y un documentado glosador del estilo de su sacralidad. En sus alambicadas monografías, sobre la idiosincrasia de El Salvador, nunca faltan profundas disquisiciones apolo-géticas sobre el espíritu de estos religiosos y su aportación a la morfología de su nación. De su encumbrada ejecutoria destaca su concepto del esfuerzo constructivo y del trabajo inexhausto. El autor mencionado, transcribiendo el certero rescripto del Pontífice Pío XI, discierne que para los salesianos la ascesis del trabajo es oración interior que acerca a Dios⁶. Esta concepción de la espiritualidad

⁵ LEMUS, José María: *Pensamiento político-revolucionario del Teniente Coronel José María Lemus*, San Salvador, El Salvador C.A., 1956, págs. 61-62.

⁶ LEMUS, José María: *Solemne distribución de premios a los alumnos artesanos del Colegio de Santa Cecilia*, San Salvador, El Salvador, 1951. págs. 5-6.

había procurado un esfuerzo tesonero capacitado para superar todo linaje de contrariedades y quebrantos. Por ello, se observaba que la fortaleza en la decisión y la voluntad humana de los salesianos, en El Salvador, habían hecho posible que surgiesen numerosas instituciones que constituían un auténtico milagro, merced a las dificultades que tuvieron que superar⁷.

Son ponderados la incertidumbre y la carencia de recursos con que esta Congregación inició su andadura espiritual. Una Italia convulsionada por la revolución y las luchas cruentas fue la génesis de los salesianos. Sin embargo, a pesar de estos inconexos fundamentos, el espíritu salesiano se extendió al resto de Europa y pasó a América. Sólo voluntades recias, pensamientos elevados y la inspiración de fuerzas sobrenaturales, en palabras de José María Lemus, pudieron forjar esta obra monumental nacida de la fe en Dios. Profundizando en esta percepción, son puestas de manifiesto las claves de la excelsitud salesiana: voluntad para desear y realizar un propósito por inalcanzable que parezca; inspiración secreta para acertar en el camino del triunfo y oración. Éstos son los áureos pilares de la preeminencia salesiana. Se trata de una fórmula de alquimia teológica que funde en el crisol del espíritu la fe sobrenatural en Cristo y la voluntad humana. El Presidente salvadoreño admiraba de los salesianos esa tenacidad acerada, capacitada para la realización de los mayores esfuerzos y apta para las pruebas más duras. Se trataba de una disciplina interior, revestida de alegría y jovialidad, que endurecía al religioso para arrostrar el frío y la intemperie sin proferir una queja. Con las armas de la reciedumbre, la entereza, la pobreza y el sacrificio, los salesianos afrontaban todo tipo de infortunios y salían victoriosos de todas las contiendas de la vida⁸.

José María Lemus, en sus consideraciones, establecía que el sillar preexcelso de la muralla de espiritualidad erigida por los salesianos en El Salvador era San Juan Bosco. Este santo era denominado modelo de humanidad, amalgamador de virtudes y prodigio celestial. En su descripción hagiográfica, era puesta de manifiesto la pétreo perseverancia que ha de concurrir en todo hombre con aureola de santidad. La admiración a San Juan Bosco adquiría tal dimensión que se le consideraba un paradigma de perfección para toda persona. Entre otras cualidades, eran destacadas su personalidad invicta y exornada del valor para cumplir

⁷ LEMUS, José María: *Mensajes y discursos*, Tomo III, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador C.A., págs. 26-27.

⁸ *Ibidem*, págs. 27-30.

con el deber y sabiduría para optar por las empresas más apropiadas. En él se translucía, como un prístino revestimiento ascético, esa voluntad regia tan admirada por el Presidente Lemus. Voluntad fraguada en una existencia transida por la precariedad y la penuria, pero que se transfiguraba en fortaleza, sobriedad y dulzura cuando las circunstancias lo precisaban⁹.

José María Lemus valoraba muy positivamente los menesterosos orígenes sociales de San Juan Bosco. Su infancia se vio surcada por todo tipo de necesidades insatisfechas. Sus padres carecían de medios para proporcionarle una educación digna. Sin embargo, estas adversidades fueron sobrepujadas con el esfuerzo y la disciplina interior. Toda esta suerte de calamidades, superadas exitosamente, vislumbraban que el futuro santo estaba predestinado para el sacrificio y la virtud. De todas estas experiencias serán extraídas las pertinentes lecciones y le inclinarán por los humildes y desheredados. Por ello la mayoría de sus obras serán realizadas para los más necesitados de la sociedad: colegios, hospitales y asilos¹⁰.

Sin embargo, José María Lemus estimaba que San Juan Bosco, por la enorme riqueza de su personalidad, era un preclaro formador de hombres en la sabiduría, la virtud y la entereza. En su interpretación, la docencia salesiana se fundaba en dos principios axiales, la fe y la acción, es decir, la plegaria y el trabajo. Se trata de una pedagogía integral que abarca todas las facetas del hombre: educación humanística, intelectual, estética, moral, religiosa y profesional. En este entramado magisterial la preponderancia de la voluntad y la organización metódica del empleo del tiempo son elementos primordiales. También, se constataba que en el canon de perfección salesiano había oportunidades para el estudio, la meditación, la alegría, la oración, la fraternidad, la caridad y, en suma, para el ejercicio de todas las virtudes y satisfacciones que enriquecen al hombre¹¹.

Otra concepción que exaltaba José María Lemus, en el espíritu salesiano, era el anhelo de justicia social y el probo designio de enaltecer las condiciones de

⁹ *Ibidem*, págs. 30-31.

¹⁰ LEMUS, José María: *Solemne distribución de premios a los alumnos artesanos del Colegio de Santa Cecilia*, San Salvador, El Salvador, 1951, págs. 8-10.

¹¹ LEMUS, José María: *Mensajes y discursos*, Tomo III, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador C.A., págs. 33-37.

vida de los más pobres de la sociedad. En este sentido, este Presidente observaba un ostensible paralelismo entre su obra de Gobierno y el ideal salesiano de redención de los humildes. Por estas apreciaciones, su Presidencia se caracterizó por favorecer la enseñanza y elevar los salarios de los trabajadores, en suma, iniciativas orientadas a la mejora del nivel de vida de las masas trabajadoras salvadoreñas.

José María Lemus consideraba que los salesianos, con su recia fe, habían contribuido a trazar la personalidad nacional de El Salvador. En sus reflexiones, se vanagloria de que sea, precisamente, este país el primero de Centroamérica donde se percibe la acendrada impronta salesiana. Por ello son recordados los ocho religiosos, dignos herederos de las virtudes de San Juan Bosco, que llegaron a esas tierras centroamericanas a finales del siglo XIX. Su acción misional se desarrolló en la pobreza, empero, su tenacidad irreductible hizo que casi un siglo después constituyeran un pilar esencial de la comunidad nacional salvadoreña. José María Lemus estimó que la excelencia salesiana, en El Salvador, se podía cifrar en la obra de abnegación, altruismo y probidad del Reverendo Padre Inspector Provincial para Centroamérica y Panamá, D. Antonio Ragazzini, y así se lo expuso en San Salvador el dieciocho de abril de 1958¹².

El esfuerzo y la dedicación de los salesianos había propiciado que en El Salvador surgiese toda una generación de obreros y artesanos cristianos formados en el cumplimiento estricto de los deberes profesionales y en la honradez. Proletarios con una apreciable formación técnica, profesional y moral. Obreros educados en la mística dimanada de la humanitaria y democrática Encíclica de León XIII y con una profunda conciencia ética. Estas legiones de trabajadores, educados por los salesianos, constituirían la génesis de la masa social salvadoreña que elevaría su nivel de vida y estarían imbuidos en un ideal democrático y de justicia social. José María Lemus valoraba muy positivamente a estos trabajadores educados en la norma de realizar las obras con sentido perfectivo y alejados de los conflictos sociales. En su interpretación, ellos eran los augures de una nación más justa, más próspera y más noble. Todo este ideario de redención de los humildes y de enraizamiento de la democracia constituyó el armazón teórico que instituyó en su mandato presidencial. Su anhelo fue forjar un país en paz, más libre, más tolerante y más solidario e influido por la preclara

¹² *Ibidem*, págs. 40-44.

doctrina del Cristianismo como fundamento inalienable de la idiosincrasia de El Salvador¹³.

EDUCACIÓN Y PROBIDAD EN LA DOCTRINA DE ESTADO DEL PRESIDENTE LEMUS

José María Lemus fue un alto funcionario que, en su carrera administrativa, transitó por las instituciones más variadas del Estado salvadoreño. En su paso por todos estos sectores ministeriales laboró, con tesón ascético, en la empresa de dotar a los distintos organismos de este país de una aureola de cultura, honradez, abnegación y austeridad.

En su paso por la Milicia salvadoreña, se verificaron numerosas iniciativas encaminadas a crear una oficialidad ilustrada, cabal y fiel a las instituciones democráticas de la nación. Soldados con una plena conciencia de que la realización escrupulosa de sus funciones constituye un hito de estabilidad institucional y un pilar en el designio de engrandecer a la patria. Su consideración estimaba que un cuartel era una escuela de altruismo, disciplina y templanza. Una argumentación recurrente, en sus intelecciones sobre la vida castrense, es que los vencedores en las guerras son los poseedores de la inteligencia y el espíritu. Son numerosos sus libros y opúsculos que diseccionan el Ejército de su país en aras a alcanzar un alto grado de perfección técnica. Esta institución es estudiada desde una óptica científica, moral, filosófica y psicológica. En todas sus exégesis existe una noción medular y es que en las lides de la vida el espíritu siempre triunfa. Para acreditar esta aserción, José María Lemus recurre a un egregio erudito del arte de la guerra, Carlos Von Clausewitz, y a su formulación del concepto de fuerza moral. Este autor considera que la reciedumbre y el denuedo de los soldados en la batalla están fundados en la fuerza espiritual. Transcribiendo sus ideas sobre el temple moral de un soldado, se aduce que el espíritu militar es inteligencia, ascética, voluntad y valor orientados a la defensa de los ideales supremos y justos. Todas estas premisas constituyen argumentos en favor de la creación de una oficialidad con profundos cimientos éticos y establece que el prestigio de un militar se basa en su fuerza moral y de

¹³ LEMUS, José María: *Solemne distribución de premios a los alumnos artesanos del Colegio de Santa Cecilia*, San Salvador, El Salvador C.A., págs. 15-19.

este concepto depende la obediencia, la lealtad y la disciplina de sus subordinados¹⁴.

José María Lemus se propuso vertebrar un Ejército con fundamentos tecnológicos y teóricos en el que se engarzase la maquinaria bélica y el espíritu del hombre. Por ello aseveraba que a los artefactos de la guerra se les debe exigir un alto grado de tecnicidad perfecta y a los soldados que los manejan fortaleza, moral, denuedo y voluntad de vencer¹⁵. Sus razonamientos cognoscitivos se derivaban de los tratados clásicos del arte de la guerra: Aníbal, Julio César, el Vizconde de Turenna, el Príncipe Eugenio de Saboya, Federico El Grande, Napoleón, Moltke, Foch, Joffre, etc. Las lecturas reflexivas y reiteradas de los memoriales de estos autores le hicieron establecer el axioma de que la Milicia tiene una ontología intelectual, científica y técnica¹⁶. Con el propósito de imbuir a los soldados en el principio de que el Ejército es, preeminentemente, ciencia y espíritu, propuso el establecimiento de ciclos de conferencias culturales. Con esta providencia, oficiales y soldados elevarían su nivel intelectual con lecciones de Historia, Pedagogía, Instrucción Cívica, Estrategia, Táctica y Legislación Militar¹⁷.

Como epílogo a esta valoración de la vida militar, hase de apreciar que el pensamiento de José María Lemus es axiomático: el deber de la Milicia es respetar las Leyes, preservar el honor de la Patria y adorar a Dios¹⁸.

Consideramos una responsabilidad ineludible hacer constar la acrisolada diligencia en la conducción de los destinos nacionales de este Presidente salvadoreño. En su criterio, la máxima Magistratura del Estado y los miembros eminentes que rigen sus instituciones tenían la obligatoriedad de acreditar una pundonorosa honestidad. Esta creencia dimanaba del aserto de que las obras perdurables tienen en su base una aleación de rigor intelectual, escrupulosa dignidad y conciencia interior. Su cometido era lograr un alto grado de probidad en el Estado, en los hombres llamados a encarnar sus instituciones y crear un ascendiente ético sobre el resto de los ciudadanos de la nación¹⁹. De este postulado, se infiere que su co-

¹⁴ LEMUS, José María: *El Ejército. Temas Militares. Credo Democrático. Historia Patria*, Edición núm. 4 de la Secretaría del Consejo del Gobierno Revolucionario, San Salvador, El Salvador, 1949, págs. 76-77.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 90.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 91.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 31.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 48.

¹⁹ LEMUS, José María: *Mensajes y discursos*, Tomo III, Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, El Salvador C.A., pág. 159.

metido era conseguir que los miembros más eximios y prestigiados de la comunidad nacional accedieran a las tribunas regidoras de la República. Por todas estas consideraciones, en sus escritos se solicita la ideación de una conspicua teoría moral apuntalada en una etiología del bien, la virtud, la honradez y al objeto de evitar la venalidad administrativa²⁰. El corolario a esta munificente interpretación de la ciencia del Estado fue la promulgación de la Ley de Probidad. Se trataba de un compromiso ético cuya génesis descansaba en la empresa de lograr un alto nivel de moralidad en la acción gubernamental, un principio de honorabilidad en el desarrollo político y prevenir la incuria en el manejo del Erario Nacional²¹.

El Presidente José María Lemus interpretaba que uno de los fundamentos capitales de la grandeza de una nación es la educación. Por ello siempre consideró la esencialidad de formar un excelente plantel de educadores merced a la nobleza de su cometido. Desde la primera Magistratura de la nación, se dedicó a dignificar la figura del maestro. En su concepto, esa abnegada y sacrificada profesión era la que abría los caminos de la civilización y formaba la conciencia de la ciudadanía en el cumplimiento del deber. En el maestro recaía una tarea ardua y laboriosa, pues, era él quien debía acuñar en la conciencia de sus alumnos los ideales del bien, la cultura y la virtud. Transcribiendo las palabras de este Presidente, el maestro es quien da patriotas a la patria, héroes al heroísmo y trabajadores al trabajo. Por estas inferencias, del maestro depende la calidad moral e intelectual de toda una nación y el grado de prosperidad que alcance en un futuro. Se consideraba que era de tal envergadura la labor de estos profesionales que la mejora de sus condiciones materiales era un imperativo presidencial. De lo anterior se desprende que en este ciclo gubernamental el nivel de vida de los profesionales de la docencia mejoró notablemente. La labor magisterial fue exornada con todo tipo de reconocimientos públicos y toda una generación de salvadoreños se vio enriquecida con las armas de la inteligencia y la cultura²².

El otro sector gremial al que apoyó, decididamente, el Presidente Lemus fue a los médicos. A su entender, junto a los maestros, éstos profesionales eran puntales del bien común y eximios benefactores de la ciudadanía. En ellos se aunaban los métodos científicos más depurados con las cualidades morales más aquilatadas. Ellos eran considerados ejemplos señeros de humanidad y servicio, artí-

²⁰ *Ibidem*, pág. 153.

²¹ *Ibidem*, pág. 281.

²² *Ibidem*, págs. 117-123.

fices del bien y procuradores del bienestar de la colectividad. Una profesión enraizada en la generosidad, el altruismo y en la nobleza que favorecía las condiciones de vida de los más necesitados de la sociedad e imprimía una aureola de progreso en las áreas más deprimidas de la nación. Empero, era resaltado el sentido moral de este sector profesional en el que los conocimientos teóricos y empíricos, constantemente actualizados, la firme perseverancia en el estudio científico y una infatigable inteligencia capacitada para adquirir incesantemente nuevas nociones estructuraban los principios de la vocación médica. Lo más destacado del ser de esta profesión era su humanidad y por ello se resaltaba que el objeto de su estudio era el hombre en toda su integridad. José María Lemus aseveraba que los médicos profundizaban en el alma de la naturaleza humana, diseccionaban las enfermedades y carencias sociales, determinaban la fenomenología espiritual del hombre y establecían las necesidades de las sociedades nacionales. Todas estas consideraciones fueron expuestas en la inauguración del Treceavo Congreso Médico Nacional de San Salvador²³.

Hasta este momento hemos sondeado en variados aspectos del ideario de José María Lemus. Sin embargo, no podemos omitir que la clave esencial de su pensamiento es la profundización en el sentido intelectual y ético del hombre. Sus infolios constituyen reiteradas llamadas a la creación de una genealogía de la moral del Estado cimentada en el bien, la virtud y el honor. Esta aserción se constató en la celebración del Seminario Nacional de Educación Moral, este organismo se conformó con los prohombres de la sociedad salvadoreña. En él estaba representado el sacerdote, el político, el maestro y el intelectual. Todos ellos hombres de ideas sólidas y con un alto nivel de responsabilidad personal en el desarrollo de sus cometidos profesionales. Desde esta tribuna hizo un llamamiento en favor de la restauración de los valores espirituales al objeto de evitar la quiebra de las instituciones esenciales de una sociedad civilizada: la familia y el Estado. En su alegato, aseveró la necesidad de estructurar una labor educacional orientada en dos direcciones: el perfeccionamiento intelectual y el cultivo de la virtud²⁴.

José María Lemus, en su disección de la labor magisterial y en su ramificación con la sociedad, estableció que una nación debía otorgar preeminencia a los valores espirituales sobre las actitudes materiales. Deploraba que las sociedades actuales se cimentasen en las fuerzas económicas y en lo que él denominaba el

²³ *Ibidem*, págs. 385-397.

²⁴ *Ibidem*, págs. 141-144.

error materialista²⁵. Sus concepciones estaban imbuidas en la teoría de la virtud de Séneca que establecía que esta noción no puede residir más que en almas cultivadas, ilustradas y perfeccionadas por un continuo ejercicio²⁶. También era gloriado el principio de rigor intelectual formulado por Vasconcelos y su condena a una moral laxa que posponía el honor y se complacía en enarbolar una conciencia débil y de naturaleza enciclopedista²⁷. Por ello aducía la necesidad de que el maestro, desde los ciclos iniciales de formación, se adentrara en el cultivo intelectual de las mentes sin postergar una certera vida moral interior. En la conjunción de ambas vertientes descansaban las obras perdurables y el destino moral de la nación salvadoreña²⁸.

En su criterio, una concepción exclusivamente materialista genera inseguridad espiritual, debilidad de carácter y decadencia del Derecho. Se trata de sociedades apócrifas donde afloran los gobernantes carentes de probidad, los empresarios que amasan sus fortunas especulando y los ciudadanos que no respetan las leyes y el principio de autoridad es menoscabado con impunidad. A nivel intelectual, se explica que la ciencia y la técnica nada tienen que ver con la moral²⁹.

José María Lemus aseveraba que, para evitar todos los errores, enumerados con anterioridad, era prioritario formar hombres desde presupuestos espirituales. Hombres con una profunda conciencia moral, con una proba rectitud, cumplidores de sus deberes profesionales con escrupulosidad y con un dilatado bagaje intelectual. Su estimación era que la riqueza más acrisolada de una nación lo constituía el nivel educacional de sus habitantes. Por ello su concepto de formación estaba imbricado en una prístina ontología de la virtud que era condensado en estas palabras:

La virtud no puede residir más que en almas cultivadas, ilustradas y perfeccionadas por un continuo ejercicio. Nacemos para ella, no con ella. Y los hombres mejor dispuestos, los mejores, poseen antes de instruirse el germen de la virtud, pero no la virtud misma³⁰.

²⁵ *Ibidem*, pág. 148.

²⁶ *Ibidem*, págs. 147-148.

²⁷ *Ibidem*, pág. 156.

²⁸ *Ibidem*, pág. 147.

²⁹ *Ibidem*, págs. 157-158.

³⁰ *Ibidem*, pág. 148.